



Apuntes del Evangelio. Luis Javier Palacio, S.J.

APOSTOLES

Marcos 3:13-19, viernes, enero 22 de 2016

La iglesia, pueblo de Dios¹, tiene que mirar siempre a Cristo como el origen de toda su actividad. Esa presencia de Cristo en medio de la comunidad tiene varias expresiones en el Nuevo Testamento y una de ellas de singular relevancia es Pentecostés. Allí, la “historia” de la comunidad adquiere una dimensión vertical (*epiclesis* o acción del Espíritu) de manera que el mensaje de Jesús alcance a todos los pueblos más allá de una mera sucesión lineal de un grupo, para la transmisión de la fe a una comunidad. Un caso típico es Pablo, quien es considerado el apóstol por excelencia de los gentiles. Se califica a sí mismo apóstol con plenitud de derechos (igual que algunos de sus compañeros) y no surge en línea directa de “los doce”. Estos aparecen de una manera clara en Lucas, pero con similar envío del de los “setenta y dos”. La lista de los doce aparece cuatro veces (Mateo, Lucas, Marcos y Hechos) con sus variaciones. Pentecostés es una experiencia de comunidad y probablemente de Eucaristía: «*Y al llegar el día de pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar*» (Hc 2:1). En todas sus actuaciones la comunidad debe actualizar ese reinado de Dios que hacía presencia en Jesús. En consecuencia, la primitiva iglesia aplica a Cristo todas las formas de ministerio que empiezan a configurarse. Cristo es apóstol (Hb 3:1), profeta (Mt 23:8), sacerdote (Hb 5:8), obispo (1 Pd 2:25), diácono (Rm 15:8) de tal manera que cualquier servicio a la comunidad es entendido a la manera de Cristo y trasciende cualquier categoría de prioridad o separación que se pretenda crear. Todos reflejan y son imagen del servicio de Cristo quien fue el hombre para los demás. Históricamente sí se identificó al obispo como sucesor de los apóstoles y casi como los líderes que existían en las escuelas filosóficas, sobre todo a partir del mártir Policarpo. Ni en Ignacio ni en Justino era necesariamente el obispo el que enseñaba. En Tertulino y Orígenes enseñar es función del presbítero. La iglesia Ortodoxa, desarrolló una teología de la sucesión que enfatiza no la sucesión sino las sucesiones. Así, cada comunidad episcopal refleja en sí misma no solamente la “totalidad de la iglesia” sino también la completa sucesión de los apóstoles. La catolicidad de la iglesia no es un concepto geográfico sino de totalidad². Así, el obispo no se entendía a sí mismo como sucesor de uno y otro apóstol sino del colegio apostólico. Este no se formaba por adición numérica sino por unidad en la identidad. Vale la pena anotar que el papel que en la iglesia latina le terminó asignando a Pedro, se asignó al apóstol Andrés en la iglesia Ortodoxa, con base en el evangelio de Juan. En este evangelio es Andrés el primer llamado y cumple un papel destacado a lo largo de todo el evangelio. Cuando se elige el reemplazo de Judas Iscariote para conservar el número simbólico de “los doce” (en realidad las tribus eran trece) se dice que su papel es ser testigo de la resurrección, como lo ha de ser cualquier creyente: «*Conviene, pues, que de entre los hombres que nos han acompañado todo el tiempo en que anduvo el Señor Jesús entre nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue arrebatado, uno de éstos sea constituido con nosotros testigo de su resurrección.*» (Hc

¹ Esta y “cuerpo de Cristo” son las dos definiciones más frecuentes de iglesia en el Vaticano II.

² En expresión un tanto poética de Dostoievski: «*Hay catolicidad cuando el dolor de un hombre sea el dolor de la humanidad*». El concepto de católico no se opone a regional sino a parcial.

Luis Palacios, S.J.

[Seleccione la fecha]

1:21). Pablo, antes mencionado, asevera: «*En efecto, hermanos, os hago saber que el evangelio predicado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo*». Pero no solamente Pablo, se cita a otros como: «*Salud a Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisión, los cuales son insignes entre los apóstoles, e incluso se entregaron a Cristo antes que yo*». (Rm 16:7) y los Hechos de los Apóstoles hablan del apóstol Bernabé. Todo esto nos enfatiza la importancia de la misión, a la manera de los *shaliach* (enviados) de los judíos, quienes tendrían una misión específica. Quienes tenían un estatus que sobrepasaba una misión eran los levitas, con derecho a sucesión hereditaria y miembros de la tribu de Leví. El mismo número de los doce no arroja la imagen escatológica (futura) pues se había vuelto una expresión corriente para expresar todo el pueblo de Israel. Es a la vez la imagen originaria (del pasado) y del futuro (restablecido por el Mesías). En la época de Jesús, con invasiones y destierros, Israel abarcaba solamente dos tribus y media. En el mismo Antiguo Testamento se registran hechos como que Rubén pierda su preeminencia por un incesto; Simeón y Leví, llevaron al colmo la violencia con sus exterminios; Pablo que se alega de la tribu de Benjamín, para su época hacía años que había desaparecido tal tribu. Los apóstoles, entendidos como colegio apostólico, dan un matiz especial a su misión. Es el matiz de lo escatológico (futuro) frente a lo histórico que es la misión. La misión requiere envío a los confines de la tierra mientras que el futuro implica convocación del pueblo de Dios disperso de los confines de la tierra a un lugar. Ese lugar se expresa precisamente en la Eucaristía como el pan recogido de muchas espigas y el vino de muchos racimos. En la Eucaristía se une toda la comunidad triunfante, militante y dispersa. La desaparición de “los doce” en la iglesia de Jerusalén, bien por dispersión o por misión, convierte el colegio de apóstoles y presbíteros en lo que los Hechos (21:18) llama Santiago³ y los presbíteros: «*Al día siguiente, fue Pablo con nosotros a ver a Santiago, y todos los presbíteros se habían congregado*». En la Reforma⁴ se adopta una idea de sucesión, basada en su principio de “sólo la Escritura” en la cual la continuidad con los apóstoles citados en los evangelios, se da en términos de “imitación” de tal manera que los apóstoles son el modelo de predicación que debe copiarse o imitarse. El obispo es a la vez la imagen de Cristo (como todo creyente) y la imagen del apóstol (plenitud del bautismo). Es el bautismo una forma de “ordenación” en el laicado, no para establecer diferencias sino funciones de servicio: obispo, presbítero, diácono, laico. El número doce es pues un número teológico que empieza a figurar mucho después de la muerte de Jesús porque los primeros cristianos se sintieron el Nuevo Israel, el Israel restaurado con sus doce tribus. Doce no es así un número cardinal (una docena) sino una teología o una ideología judía. Que Jesús elija doce es una acción simbólica y profética como hay otros actos proféticos en el Antiguo Testamento. En Marcos “los doce” son el grupo de contraste con las multitudes y de los que se espera que entiendan que el camino de Jesús es el camino de la pasión. Lo entenderán luego de la experiencia pascual.

³ La primera lista episcopal, inspirada en los sumos sacerdotes judíos, fue elaborada por Eusebio y no empieza con ningún apóstol en particular sino por Santiago.

⁴ En el sentido de legitimidad “histórica” muchos de ellos la conservarían, como se les reconoce a los de la iglesia Anglicana y por supuesto a la iglesia Ortodoxa.

Luis Palacios, S.J.

[Seleccione la fecha]